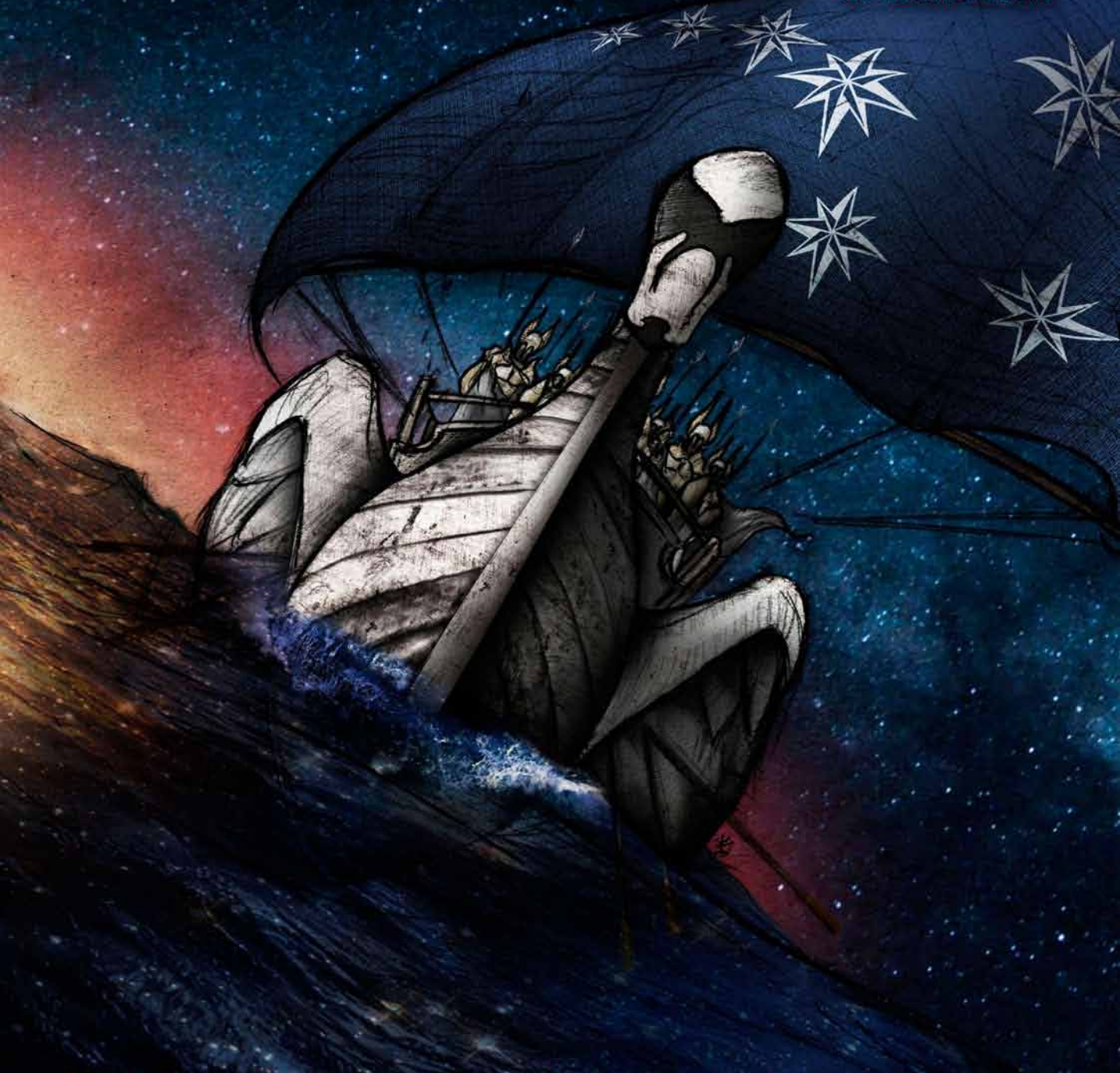


Revista editorial de fantasía, terror y ciencia ficción

VALINOR

01 / ABRIL DE 2014



Noticias • Relatos • Artículos • Entrevistas • Fotografía

Valinor. Revista Editorial.

Jessica Tornos: Redacción, prensa.

Myriam Crespo: Redacción, ilustración.

Violeta Moreno: Redacción, corrección.

Diego Bober: Redacción, ilustración de portada, maquetación, diseño gráfico.



Revista Valinor by Editorial Valinor is licensed under a Creative Commons Internacional License.

No se permite el uso comercial de la revista.

Queda prohibida la modificación de la revista y su contenido.

Todos los derechos de los textos e imágenes pertenecen a sus autores, en caso de ser citados deberá ser mencionada siempre su autoría.

VALINOR

Editorial

Había una vez un mundo que había olvidado cómo soñar...

Podría ser el principio de una novela, ¿verdad? Una de esas historias que hablan de futuros post-apocalípticos en los que la humanidad tiene que luchar por seguir siendo precisamente eso, humana.

¿Qué sería de nosotros sin imaginación? Los grandes pensadores lo tenían claro. Sin imaginación no hay ideas, no hay revoluciones, no hay avances. Nadie dudaba que la Tierra era plana hasta que alguien se atrevió a imaginar que fuera posible navegar hasta el otro lado del mundo. El hombre no era capaz de volar, el universo no podía ser explorado y era impensable comunicarse con gente de la otra punta del planeta usando un teclado y un ordenador. Lo que hoy son para nosotros cosas cotidianas, en otro tiempo fueron los desvaríos de unos cuantos chiflados. La imaginación abre la mente al mundo de la posibilidad, nos hace desafiar la realidad y reinventarla.

Nosotros no creemos en un mundo sin imaginación, así que un día nos preguntamos: «¿Y si fundamos una editorial? Una dedicada a nuestros géneros favoritos: fantasía, terror y ciencia ficción, porque son los géneros que nos hacen soñar, los que hacen posible lo imposible. Y también cuentos infantiles, que son el primer alimento de la imaginación para el niño. ¿Qué? ¿Nos atrevemos?».

Y nos atrevimos. Lo que solo era una idea se convirtió en realidad, y por eso hoy podemos saludaros desde estas páginas. Hola a todos, soñadores, locos y monstruos, damas y caballeros, niños y niñas. Somos el equipo de Editorial Valinor y os traemos nuestra primera revista gratuita online.

Aquí encontraréis mensualmente una selección de relatos, fotografías e ilustraciones de artistas diversos, noticias, entrevistas, críticas, reseñas y artículos. Todo sobre nuestros géneros predilectos. Echad un vistazo al índice para saber lo que nos trae este primer número.

¿Y en el siguiente? Para el siguiente contamos con vosotros.

¡Que lo disfrutéis!

El equipo de Editorial Valinor

¿Quieres ser publicado en nuestra revista?

Envíanos tus relatos cortos, noticias, anuncios, poemas, microrrelatos, fotografías o ilustraciones a:

revista@editorialvalinor.com

COLABORACIONES

Para este viaje hemos contado con la ayuda de:

Diana Muñiz, escritora.

La Mano Fest, asociación.

Géraldine de Janelle, escritora.

Magenta Sacra, escritora.

Mer González, escritora y fotógrafa.

Boebaert, ilustrador.

GRACIAS A TODOS.

V
a
l
i
n
o
r



SUMARIO



Noticias

Breve repaso a la actualidad que nos interesa.

PAG. 6



Michael Moorcock:

El inglés rebelde.

PAG. 7



Ojos de cordero

Relato de ciencia ficción por Diana Muñiz.

PAG. 10



Entrevista a “La Mano Fest”

Organizadores de “El Día de Lovecraft” en Alcobendas.

PAG. 14



La vecina

Relato de terror por Géraldine de Janelle.

PAG. 17



El príncipe del tabardo escarlata

Fábula de fantasía por Magenta Sacra.

PAG. 19



Imaginarium

Mer González, fotografía.

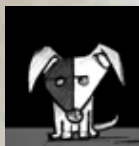
PAG. 21



Christall

Serie de relatos de terror y aventuras por Géraldine de Janelle.

PAG. 25



Otto

Tira cómica de Boebaert.

PAG. 30

Noticias



Reapertura de la librería de género fantástico Gigamesh en Barcelona

Desde el pasado mes de marzo, la librería de ciencia ficción y fantasía Gigamesh nos ofrece un aspecto totalmente renovado debido a un profundo lavado de cara. Y es que con un nuevo local de 500 metros cuadrados, situado en el número 8 de la calle Bailén de Barcelona (bajo las también renovadas oficinas de la editorial), Gigamesh es ahora la librería de género más grande de Europa, seguida muy cerca por la afamada Forbidden Planet londinense.

Una reapertura a la cual hay que añadir el enorme mural que adorna la librería, obra de Enrique Corominas, el ilustrador de la conocida saga «Canción de Hielo y Fuego», de George R. R. Martin. Un toque único que otorga a Gigamesh, creada en 1984 por el editor Alejo Cuervo, un aspecto aún más personal si cabe para este gigante de los libros que en sus comienzos centraba su atención en el mundo del coleccionismo y en los juegos de rol.

Pero la cosa no se queda ahí. Con motivo de la inauguración, Ediciones Gigamesh anuncia la puesta en marcha de una plataforma que pretende revolucionar el mercado del ebook. Su

nombre es Lektu y según Cristina Macía, escritora y traductora del sello (suya es la traducción de «Canción de Hielo y Fuego») lo que pretende es «eliminar esa sensación del todo va a ser pirateado, porque no es real. El lector no es el enemigo y merece ser bien tratado».

Todo un templo de la fantasía en plena ciudad condal por el que han pasado auténticos ídolos, como el citado autor de «Juego de tronos», que en 2008 firmó ejemplares de los libros que componen la saga.

Concurso de relatos La Mano 2014 ¡Consulta las bases!

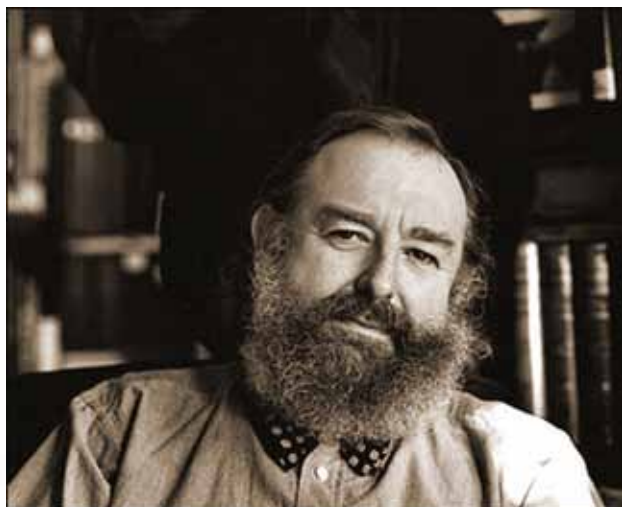
Desde la organización de La Mano, Festival de Cine Fantástico y de Terror, nos llegan las bases de la convocatoria para participar en la sección oficial de Relatos que organizan para este año 2014. Podéis consultarlas en:

Info@lamanofest.com

<http://www.lamanofest.com/>

Michael Moorcock:

El inglés rebelde



Michael Moorcock, © The Telegraph

Escritor, editor, músico, periodista, compositor, ensayista y crítico. Ganador de los más prestigiosos premios de literatura fantástica, incluidos Nebula y World Fantasy. Docenas de novelas a sus espaldas, gran parte de ellas dedicadas al desarrollo de un mundo ficticio que se mantiene en equilibrio entre la fantasía y la realidad: El multiverso, una red de mundos paralelos en los cuales se manifiestan los avatares del Campeón Eterno. La complejidad y extensión de los trabajos de Moorcock hace que bucear en ellos sea una tarea formidable. Y sin embargo, ineludible para todo aquel que quiera comprender las influencias principales de la fantasía y la ciencia ficción modernas. Encontramos huellas de Moorcock en todas partes, desde *The Watchmen* y *Sandman* hasta *Doctor Who*. ¿Cómo funciona el multiverso? ¿Quién es el Campeón Eterno? Si aún no conoces a Michael Moorcock, ya es hora de que lo hagas. Al menos, en esta realidad.

1.- Escritor inconformista

La obra de Moorcock es, en cierto modo, un reflejo de sí mismo. Los personajes que crea y los mundos a los que da forma expresan sus pro-

pias ideas sobre la política, la sociedad, la filosofía y la experiencia humana. Nacido en Londres en 1939, abandonó los estudios a los quince años para dedicarse a escribir mientras se ganaba la vida tocando la guitarra en un burdel. Precoz y analítico, desde el principio se mostró muy crítico con la imagen escapista, moralizadora e ingenua que, en su opinión, presentaban las obras de autores como J.R.R. Tolkien y C.S. Lewis, llegando a comparar la fantasía de Tolkien con Winnie the Pooh.

Feminista declarado, dice sobre su pensamiento: «Soy anarquista y pragmático. Mi posicionamiento moral y filosófico es el de un anarquista. En mis libros aparecen constantemente héroes aristocráticos, dioses y cosas así, pero todos ellos están ahí para ilustrar la idea de que uno no debe servir a dioses ni a amos, sino llegar a ser señor de uno mismo». Y para ello no dejó palo sin tocar. Ciencia ficción, *space-operas*, fantasía épica, espada y brujería, pero también ficción, ensayos y artículos de toda clase, además de letras y música para grupos como Blue Oyster Cult y Hawkwind.

En los sesenta, Moorcock ya se sentía bastante incómodo con las formas y modos habituales en la fantasía y la ciencia ficción, por lo que decidió romper con las formas preestablecidas y presentar un modelo nuevo. A través del semanal *New Worlds*, un movimiento renovador dentro de la literatura fantástica, conocido como *new wave*, empieza a ver la luz en pleno auge del rock psicodélico y el movimiento *hippie*. Sus premisas son la ruptura con lo establecido, con el tradicional enfrentamiento entre el bien y el mal, con los mensajes moralizadores y dejarse influir por nuevos puntos de vista: La ambigüedad, el descontrol de sentimientos, el conflicto, la duda. Los héroes son sustituidos por antihéroes. Como el héroe Conan es alto, fuerte y lleno de determinación, Moorcock crea a Elric como contrapartida, de forma totalmente deliberada: albino, débil, taciturno, melancólico y lleno de

dudas. «La razón por la cual la mayor parte de las obras de ciencia ficción son infantiles es porque no pueden ocuparse de personajes complejos», dice Moorcock. Y para luchar contra eso, crea a Jerry Cornelius, un *dandy* subversivo, rebelde y contracultural, inconformista político, feminista, estrella del rock y viajero del tiempo. Ni más ni menos.

Esta dinámica de romper con lo establecido se mantiene a lo largo de toda su obra, en todos los géneros.

En 1962, a la edad de veintitrés años, escribe *The Sundered Worlds*. En esta *space-opera* metafísica, Moorcock presenta por primera vez la idea del Multiverso, que se convertiría en la parte central y más conocida de su obra.

2.- El Multiverso, el Campeón Eterno y Tanelorn

Para quienes están familiarizados con la teoría de cuerdas o la física cuántica, seguramente el planteamiento del multiverso no resulte nada innovador. Consiste en una serie de mundos paralelos que coexisten, de forma constante pero nunca permanente, y que están solapados unos sobre otros e interconectados. En todos estos mundos tiene lugar una suerte de drama cósmico en el que se enfrentan el Orden y el Caos (renunciando así a la contraposición tradicional Bien/Mal), desequilibrando la Balanza Cósmica. El drama es interpretado una y otra vez por distintos personajes, que en el fondo son un único reparto que se manifiesta en los diferentes mundos con diferentes avatares. Uno de estos personajes recurrentes es la figura del Campeón Eterno.

El Campeón Eterno es un avatar en lucha constante contra el Caos en favor del Orden, o así es presentado al principio. Sin embargo, a medida que los trabajos de Moorcock avanzan en el tiempo aparece cada vez más definido este conflicto y vemos la importancia de la Balanza Cósmica como una representación del autodomínio del hombre sobre sí mismo. Una vez el orden y el caos se equilibran, la humanidad es dueña de sí y puede vivir en armonía.

Los protagonistas de las obras de Moorcock en el ciclo El Campeón Eterno son todos ellos

avatares de este personaje esencial, destinado a luchar por la humanidad, por el orden y posteriormente, por el equilibrio. Así tenemos a Erekosë, Elric de Melniboné, Dorian Hawkmoon, Corum y Von Bek como avatares del Campeón Eterno en diferentes mundos del multiverso. La compañera del Campeón Eterno también tiene su propio avatar, que aparece siempre como la consorte del protagonista: Ermizhad para Erekosë, Cymoril para Elric, Ysselda para Hawkmoon, etc. Del mismo modo, los compañeros del Campeón Eterno también tienen sus avatares.

A lo largo de sus historias paralelas, todos los avatares del Campeón Eterno se ven enfrentados a conflictos similares. No obstante, aun siendo en esencia una misma entidad, cada avatar es un ser independiente con una personalidad diferente que les lleva a tomar decisiones distintas. Estas decisiones no afectan de forma radical a sus destinos, pero sí a ellos como personajes, haciéndoles llegar a ese fin predestinado con mayor o menor paz de espíritu, desde el torturado Erekosë hasta el noble Hawkmoon.



“Elric de Melniboné”,
para Runequest



“El Campeón Eterno”,
edición de Martínez-Roca,
fantasy

El Campeón Eterno es el prototipo de héroe oscuro o antihéroe. Todos sus avatares son capaces de llevar a cabo actos terribles y también heroicos, y en muchas ocasiones ambas cosas a la vez. Sin embargo, pese a tratarse de una cosmología que se niega a contemplar conceptos como «el bien» o «el mal», los personajes se ven a menudo torturados por su propia conciencia

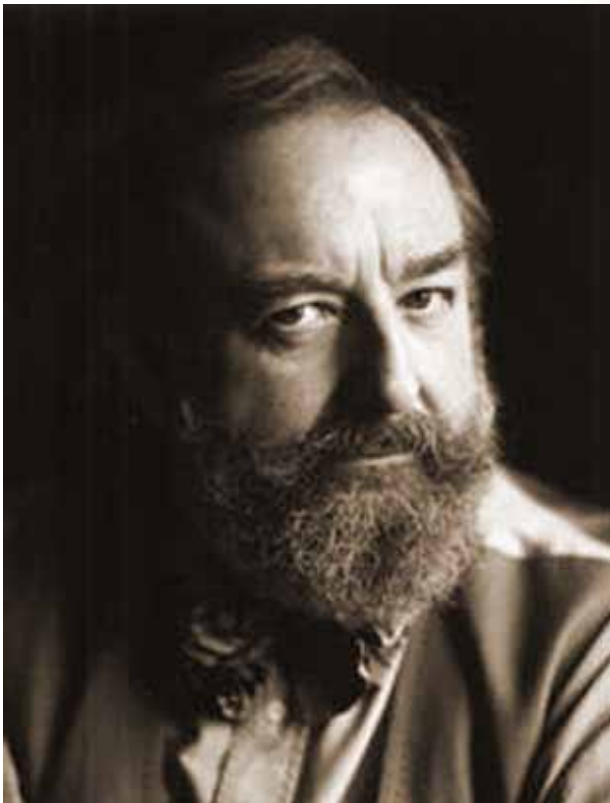
hasta que logran al fin ser dueños de sí mismos
señores y amos de su propio ser y obtener
la paz, que a veces sólo les llega a través de la
muerte.

Algunas características del Campeón Eterno:

Tiene la virtud de reencarnarse, pero únicamente Erekosë/John Daker es capaz de recordar sus encarnaciones anteriores.
Solo él puede enfrentarse a determinadas amenazas para el equilibrio del Multiverso. En ocasiones, es necesario más de un avatar del Campeón Eterno para luchar contra un enemigo. En estos casos, los avatares coinciden en un mismo punto del Multiverso y se unen, fusionando sus cuerpos y conciencias para enfrentar la amenaza y desligándose después.
Su destino es siempre más fuerte que su voluntad. Suelen ser héroes malditos que no pueden hallar la paz y que cargan con oscuros pecados.
Pueden viajar por los Mares del Destino.
Poseen un arma sobrenatural (Portadora de Tormentas en el caso de Elric, Kanajana en el de Erekosë, etc). Controlan poderes que en ocasiones les superan y les empujan a conflictos morales constantes.

Accesible desde todos los mundos del Multiverso, existe un lugar llamado Tanelorn, una ciudad legendaria de ubicación desconocida que algunos se esfuerzan en hallar. Esta Tanelorn de Moorcock recuerda en cierto modo a la Avalon de las leyendas artúricas, pues hay que buscarlo para poder llegar a él y nada se sabe de su ubicación, convirtiendo el viaje a Tanelorn en una suerte de periplo metafísico. Esta ciudad no está aliada con el Caos ni con el Orden, sino que parece estar conectada a los Señores Grises, los guardianes del equilibrio en el Multiverso.

La saga del Campeón Eterno se compone de 24 libros, 27 si añadimos los tres libros de la familia Von Bek y 31 incluyendo los cuatro libros de Jerry Cornelius que hacen referencia a su natu-



Michael Moorcock, © The Telegraph

raleza como avatar del Campeón Eterno. Toda una bibliografía en la que bucear, un multiverso entero a nuestra disposición para sufrir y disfrutar con las épicas aventuras de sus protagonistas.

«Siempre me he considerado un mal escritor con muy buenas ideas», dice. Nosotros estamos seguros de que nadie se decepcionará con sus obras. Su estilo concreto y directo y su fluidez narrativa le dotan de una magnífica capacidad para llevar al lector de la mano a través de los más diversos escenarios, desde la ciencia ficción vanguardista de Jerry Cornelius hasta la fantasía salvaje de Elric.

Michael Moorcock es, después de todo, una leyenda viva del género con sesenta años de trabajo literario a sus espaldas. «Si quieres escribir fantasía, no leas fantasía», recomienda el prolífico autor a los jóvenes aficionados. Nosotros preferimos decir: si quieres leer fantasía, no puedes perderte a Moorcock.



Ojos de cordero

Un relato de ciencia ficción de Diana Muñiz

Llovía mucho y hacía frío. El uniforme marrón del colegio estaba empapado y se agarraba a su cuerpo dibujando la silueta. No llevaba zapatos, se los había quitado al entrar en la consulta del médico. Lamb cerró los ojos al visualizar las enormes jeringuillas preparadas para ella. No le gustaban los médicos. No señor, nada de nada. Una vez, cuando era pequeña —hace casi un año—, la habían llevado al dentista porque jugando en el patio se había roto un diente. El sonido de la sierra aún la perseguía en sueños, y el olor... el horrible olor a dientes todavía le provocaba arcadas. Así que cuando Lamb entró en la sala de aquel médico, recordó todo y salió corriendo. Sin zapatos y sin paraguas.

Era la primera vez que veía la lluvia. En su colegio nunca llovía. Allí, el cielo siempre era azul y el sol brillaba cada día. Pero sabía lo que era la lluvia, lo había visto en las películas que les ponían en la sala de estar. En esas películas, la lluvia era romántica, dulce, fresca y siempre acababa con un gran arco iris de colores. Al principio, se había alegrado al verla por primera vez, incluso había bailado bajo ella y chapoteado en los charcos; eso había sido antes de sentir frío. Y no le gustaba el frío.

Tampoco había sentido frío antes. Nunca. Bueno, sí, aquella vez que se metió una cucharada de helado en la boca y se la tragó sin masticar. Estaba muy frío y le había congelado la nariz. ¡De verdad!

En el colegio siempre hacía una temperatura suave: ni frío ni calor. Se preocupaban mucho de que fuera así porque no podían ponerse enfermas. Cuando te pones enfermo te llevan al médico. Ella no recordaba haberse puesto enferma, pero la habían llevado al médico. Quizás estaba enferma y no lo sabía... Lamb se preocupó.

*

—¿Cómo que el sujeto Lambda ha desaparecido?
¿Qué quiere decir con que se ha marchado?

—Lo... lo siento.

—Y más lo va a sentir como le pase algo a ese recipiente.

*

Siempre era primavera en el colegio, de ahí que el uniforme escolar fuera poco más que un vestidito pardo, sencillo y liso. Todos tenían un dibujo en el pecho que los distinguía de los demás. El suyo era un extraño triángulo sin base, parecido al de su amiga Del, pero diferente. «Es tu nombre», le habían dicho los profesores. Así que sabía que ese triángulo sin base era Lamb, porque ella era Lamb.

Y Lamb temblaba porque llovía, hacía frío y estaba mojada. Y la gente de la calle la miraba con curiosidad y se giraba al verla pasar, pero nadie le ofreció un paraguas o un lugar donde resguardarse. Nadie. Pero eso no pasaba en las películas. En las películas siempre había alguien que ayudaba. Siempre.

—Hola, preciosa —le dijo un tipo desde un callejón—. ¿Dónde vas con este tiempo?

Lamb se detuvo para mirarle con detenimiento. Llevaba una barba sucia y mal arreglada, un gorro roto y un abrigo ajado, y olía muy mal. Olía como el desinfectante que utilizaban los profesores para limpiar las consultas. Y a pis. Olía a pis. Cuando era pequeña, ella también se había hecho pis encima. Eso había sido hace mucho tiempo, más de un año. La habían reñido pero no mucho. No era culpa suya.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —preguntó de nuevo. Lamb negó con la cabeza y

mostró su lengua para que viera que ningún gato se la había comido. El desconocido se rio a carcajadas—. Esta sí que es buena. ¿Cuántos años tienes?

Lamb frunció el ceño, sabía muy bien cuántos años tenía; era mayor. Extendió la mano y mostró los cinco dedos.

—¿Estás de coña? —gruñó el tipo—. No te hagas la graciosa conmigo.

Lamb curvó la boca en un mohín compungido y notó cómo el labio inferior comenzada a temblar. Tenía frío, se había perdido y no sabía volver al colegio. Y ahora, encima de todo, decían que era una mentirosa.

—No soy una mentirosa —se defendió mientras una lagrimita se escapaba. La cazó al vuelo con la mano, secándose la mejilla, y sorbió por la nariz.

—Sí, ya... ¿Te crees que me chupo el dedo?

—No, señor —dijo Lamb, negando con la cabeza.

—Eres una zorra, como todas... creéis que sois mejores que el bueno de Ben, pero no

valéis una mierda —masculló, pero más que hablarle a ella, parecía dirigirse a la solapa de su abrigo.

Lamb retrocedió unos pasos. No le gustaba ese señor. Olía mal y no creía que pudiera ayudarla a volver a su casa. Así que salió corriendo en dirección contraria mientras el vagabundo gritaba algo a sus espaldas.

Y corrió hasta que le dolieron los pies y perdió el aire. Y corrió hasta que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Y cuando cayó, se quedó llorando mientras la lluvia caía a mares confundiéndose con sus lágrimas.

Y estuvo allí, tirada en el suelo, muy ocupada sintiendo lástima de sí misma, durante tanto tiempo que creyó que el agua acabaría por llevársela a ella también, tal y como hacía con la sangre de sus rodillas heridas. Y estuvo un buen rato empapándose. Tanto, que no se dio cuenta de que ya no se mojaba.

*

—Bien, esto está listo. La paciente está preparada para la extracción... ¿Han conseguido ya localizar al sujeto de implantación?

—Uno de nuestros hombres ha establecido contacto visual con el sujeto Lambda.

—Bien, recuerden que a pesar de su cuerpo, no deja de ser una niña de cinco años. Sean amables.

*

El muchacho la tapaba con su paraguas y la miraba con curiosidad.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Me he perdido —dijo Lamb entre lágrimas—. Y un señor me ha llamado zorra mentirosa. Yo no soy una zorra mentirosa.

—¿Te has perdido? —La voz del muchacho era amable y dulce. Pero parecía que tampoco la creía. ¿Pero qué le pasaba a todo el mundo?—. ¿Cómo te llamas?

—Lamb —dijo, sin dejar de gimotear.

—Es un nombre muy raro —dijo el joven—, significa cordero en inglés, ¿lo sabías?

Lamb negó con la cabeza. Ella no se había puesto el nombre; solo se lo habían dicho.

—Bien, Lamb, ¿dónde está tu casa? Lamb se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No lo sé, vivo en el colegio. Nunca había salido del colegio hasta hoy.

—¿El colegio? —repitió el muchacho—. Tu colegio no será, por casualidad, una

cúpula gigantesca que hay en el sector Sur, ¿verdad?

—No lo sé, nunca lo he visto por fuera. Pero es muy grande. ¡Y siempre hace sol! ¡Y

nunca llueve! ¡No me gusta la lluvia! —dijo, rompiendo a llorar de nuevo.

El chico la miró con comprensión y acarició su cabeza brindándole un poquito de consuelo. Parecía un joven amable como los que salían en las películas que veía. Lamb dejó de llorar, aunque todavía suspiraba sin haber recuperado la respiración. Le tendió la mano para ayudarla a levantarse y ella la aceptó. Se puso de pie, no sin dificultades, las rodillas le dolían mucho y al estirar las piernas no pudo evitar una leve cojera.

—Ven —dijo el joven señalando con la cabeza el vehículo aparcado a pocos metros de ellos—, te llevaré a tu colegio.

Lamb asintió y sonrió. Se secó las lágrimas de las mejillas y dio un par de pasos tambaleantes. Un dolor agudo atravesó su pie izquierdo haciéndola trastabillar tras soltar un grito agudo.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven alarmado.

—Me he hecho daño —contestó Lamb intentando controlar el incesante gimoteo. Se agarró al brazo que le ofrecían y dobló la pierna en una postura digna de un contorsionista, hasta llegar a ver cómo un cristal asomaba de la planta de su pie. Con cuidado, y sin dejar de lloriquear, lo agarró entre los dedos y tiró con una mezcla de firmeza y suavidad. La sangre manó a borbotones y Lamb se asustó.

El amable muchacho cubrió la herida con un pañuelo blanco, que al instante se tiñó de carmesí. Miró a su alrededor frunciendo el ceño, y le tendió el paraguas.

—Ten —dijo, dándole el mango. Y sin más preámbulos, la alzó en brazos y se la llevó al vehículo que tendría que transportarla de nuevo a su casa.

Allí, resguardada de la lluvia y con calefacción, Lamb empezó a sumirse en la modorra.

Estaba muy cansada, su experiencia en el mundo de fuera no había sido nada satisfactoria. Si no fuera por el chico que la había ayudado, pensaría que la vida no era como las películas. Cerró los ojos y se acunó, mientras el sueño se acercaba con pasos sigilosos. Oía la voz de su salvador hablando por el comunicador, apenas entendía pero no importaba, pronto estaría en casa.

—Sí, la tengo. —Una pausa—. Sí, el sujeto Lambda, es ella. ¿Cómo que seguro? Ni que yo hubiera sido el gilipollas que la dejó salir. Si todavía tiene la puta letra en el uniforme del centro de desarrollo. —Otra larga pausa mientras Lamb sentía como caía cada vez más en el sopor más profundo—. ¡Vete a la mierda! Me dirijo al centro de transplantes. Esta vez, asegúrate de que cierren bien las puertas.

*

—Nuestro hombre nos informa de que tiene al sujeto de implantación Lambda.

—Bien, eso es bueno, no podría mantener al sujeto de extracción eternamente dormida.

—También informa de que tiene algunas heridas superficiales en las rodillas y un corte profundo en la planta de un pie. También puede presentar un principio de neumonía, al parecer tose mucho.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde... Ahora, la implantación es lo prioritario.

*

Cuando Lamb abrió los ojos, reconoció el sitio en el que estaba. Era la consulta del médico del que se había escapado. Ella no quería escaparse; solo tenía miedo. Ahora seguía teniendo miedo, mucho miedo, pero no podía escapar porque estaba atada a la camilla.

—Cálmate, niña —la tranquilizó el señor con bata blanca que identificó como el Doctor.

—¿E-estoy enferma? —preguntó con timidez. Si era así, tenía que quedarse en el médico. Escapar de nuevo podría ser muy malo. Además, no le había gustado escaparse. Ni la lluvia, ni el frío, ni que la llamaran mentirosa o... ¡hacerse daño en el pie! No, eso no le había gustado nada.

—Sí, pequeñita, estás enferma —dijo el Doctor con una amplia sonrisa—. Ahora dormirás, y todo irá bien. Ya lo verás.

*

—No hemos podido eliminar completamente la cicatriz del pie, pero parece que será la única marca que quede de este desagradable incidente.

—Ya he dicho más de una vez que sería más humano mantenerlos en crioinmovilización suspendida. Esos cinco años parecen una broma cruel.

—¿Sabes cuántos sujetos no sobreviven a la reanimación tras la criosuspensión? Y menos, sujetos con crecimiento programado. No, seguiremos con nuestros niños grandes; es más barato y más seguro.

—¿Aunque uno de ellos salga al mundo? Nuestro hombre la encontró antes de que sucediera nada subsanable. Podríamos no tener tanta suerte la próxima vez.

—Extremad las medidas de precaución. Y ponedles películas sobre la bondad de los médicos. El condicionamiento es prioritario, es lo que convierte a nuestros niños en corderos.

—Corderos.

—Eso es lo que son, no se engañe. Mírelos como quiera pero no dejan de ser corderos.

*

Era el momento, la gran presentación. Todos estaban ansiosos por ver el resultado de tantos años de espera. Claudine tomó aire y practicó su mejor sonrisa. Abrió la puerta del elegante local, y caminó sin dudar sobre sus largos tacones de aguja, permitiendo que los hombres se deleitaran siguiendo sus largas piernas y suspiraran ante las promesas que susurraba su escueta falda.

Vio la mesa de los amigos de su ex marido, que la miraban boquiabiertos con unos ojos que parecía que iban a salirse de las cuencas en cualquier momento. Y les dedicó un guiño y una sonrisa pícara. Estuvo tentada de sentarse entre ellos y dejarse mimar un rato pero no, no había venido por eso. Allí estaban ellas, esperándola, aunque todavía no lo sabían.

Ágata, Ester y Lucía eran sus amigas, sus mejores amigas. Las dueñas del país desde las sombras, o al menos, de las carteras de sus ex maridos. La vida no las había tratado mal, pero los años no pasan en balde y cada una de ellas tenía muchos años a sus espaldas que ni todas las cirugías del mundo podían remediar.

—¡Cielo santo! —exclamó Ágata al verla llegar. Ester se giró con brusquedad y derramó la copa de vino del sobresalto.

—¡Virgen santísima, Claudine! ¿De verdad eres tú?

Claudine sonrió, cabeceó con coquetería y se dio una vueltecita para que sus amigas pudieran observarla bien.

—¡Ha funcionado! —se maravilló Lucía. Claudine asintió con nerviosismo mientras un temblor de pura satisfacción recorría su joven cuerpo.

—¡Cinco años de espera y una fortuna invertida pero... ha merecido la pena! ¡Es tan fuerte! No me veía así desde que tenía... lo menos veinte años. ¿Y sabéis lo más fuerte de todo? —bajó la voz y juntó su cabeza con la de sus amigas—. ¡Vuelvo a ser virgen! Pero me importa una mierda, eso lo soluciono esta misma noche.

Todas rieron su broma y ella, más que ningun-

na. Sí, cinco años de espera y una millonada pero... un cuerpo perfectamente nuevo, joven y... ¡perfecto! esa era la palabra, no había otra mejor para definirlo. Un cuerpo como el suyo no tenía precio. Incluso la extraña cicatriz de su pie izquierdo tenía un punto misterioso que adoraba. Sí, iba a recomendar *Eternal Young* a todas sus amigas.

Era bella. Era rica. Era joven. ¿Se podía pedir más?

*

El tipo de gestión de residuos orgánicos arrugó la nariz al entrar en el complejo médico. De todas las mierdas que tenía que limpiar, de todos los asquerosos fluidos, tumores y órganos gangrenados de los que tenía que ocuparse, nada le afectaba tanto como los residuos de ese centro: *Eternal Young*. Había pedido el cambio mil veces, pero nadie quería coger su ruta. No se lo podía echar en cara, después de todo, él estaba deseando largarse. ¿En qué instalación médica, los deshechos son cuerpos vacíos y cerebros humanos?

FIN

Entrevista a

La Mano Fest

organizadores de "El Día de Lovecraft"
en Alcobendas

«El género del terror y la ciencia ficción necesita de los fans de la misma. Si algo os gusta atreveos a hacerlo»

Pocos son los iniciados que se arriesgan a entrar en el círculo. Un círculo de sueños, magia, ilusión y fantasía que muchos se conforman con ver desde la barrera, disfrutando de sus héroes a través de la pantalla o en las hojas de un libro. Pero hay otros que van más allá y forman parte de ese círculo. Es el caso de la joven organización La Mano, perteneciente a la localidad madrileña de Alcobendas y organizadores del Festival Internacional de cine de terror, fantástico y de ciencia ficción de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes, así como de un famoso concurso de relatos. Una asociación que el pasado 15 de marzo de 2014 decidió dar un paso más allá celebrando el 77º aniversario de la muerte del autor H.P. Lovecraft con unas jornadas muy especiales dedicadas al escritor de Providence en «El Día de Lovecraft». Hemos hablado con dos de sus organizadores, Mané y Rubén. Esto fue lo que nos contaron.

Ante todo me gustaría daros las gracias por vuestro tiempo y la enhorabuena por vuestra asociación La Mano ¿cómo y cuándo surge la idea de crear esta organización?

Mané: Pues surge en verano de 2013 por el interés común que teníamos en el género del terror y la ciencia ficción y por el vacío existente de todo esto en la zona de Alcobendas.

Rubén y yo queríamos montar algo y convencimos a Alma para idear un bonito plan de festival de terror. Posteriormente se unieron primero Leticia y luego Enrique.

Rubén: Así es, poco más puedo añadir. La idea de organizar actividades relacionadas con el género fantástico siempre estuvo en nuestra mente y, después de mucho tiempo meditándolo, decidimos tirarnos a la piscina con el proyecto. ¡La

verdad es que estoy muy contento con el equipo que hemos creado!

¿Qué más podéis contarnos sobre sus miembros? ¿Qué actividades lleváis a cabo?

Mané: Pues básicamente somos cinco miembros fijos: Alma Prieto, Rubén Íñiguez, Leticia Palomo, Enrique Agudo y Manuel Arijá. Las funciones pueden ir cambiando pero básicamente Leticia es nuestra responsable de prensa, Enrique, Rubén y yo nos encargamos de la programación y Alma hace un poco de todo.

Rubén: Sí, aunque somos cinco los organizadores, tenemos a varias manos que nos ayudan. No quiero citarlos a todos, pues son unos cuantos, pero estamos muy contentos con todos y cada uno de ellos.



El Día de Lovecraft en Alcobendas

El año pasado hicisteis vuestro primer Festival de Cine de La Mano ¿Cómo fue la experiencia? ¿Volveréis a repetir?

Mané: La experiencia fue genial y agotadora. No nos podíamos creer lo que habíamos podido hacer entre sólo cuatro personitas. Por supuesto que volveremos, ya podéis ir apuntándolo en vuestro calendario.

Rubén: Es una de las experiencias más divertidas que he vivido, ¡aunque acabara presentando la película de clausura dormido! En pocos eventos he visto tan buen rollo, no sólo entre quienes lo organizamos y los que colaboraron, sino con los asistentes también. Yo ya estoy maquinando cosas para la segunda edición.

Una curiosidad ¿por qué elegisteis el nombre de «La Mano»?

Rubén: Cuando estuvimos pensando en el nombre del festival, Mané propuso varios en una lista. Me fijé que en ella aparecía el título de La Mano y le conté que existía una leyenda urbana en Alcobendas relacionada con una mano. A todos nos encantó la idea de bautizar un festival dedicado al terror y al cine fantástico con una leyenda local.

Mané: Lo elegimos por una leyenda urbana local de Alcobendas; queremos recuperar el folclore perdido de nuestra localidad. La leyenda de la mano negra es una leyenda local real que queremos esclarecer con los testimonios de la gente de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes.

(Podéis leer la leyenda de La Mano en Alcobendas pinchando [aquí](#).)

En términos burocráticos ¿es difícil arrancar una organización y luego organizar un festival en Madrid?

Mané: Depende... Nosotros no seguimos una financiación basada en acumulación de subvenciones o en la inversión de patrocinadores privados así que somos un caso especial. No tenemos sueldos ni recibimos ningún dinero por hacerlo, por lo cual no sufrimos tanta presión burocrática y además tenemos muchísima libertad para poder hacer las cosas que realmente nos gustan. Siempre nos preguntamos: «si yo fuera a un festival, ¿qué me gustaría que hubiera?», y con eso en la cabeza intentamos llevarlo a la práctica.

Nos financiamos con el propio *merchandising* que nosotros hacemos y una pequeña subvención del ayuntamiento de Alcobendas que apenas nos da para cubrir los costes de los materiales. Por si fuera poco, por ahora podemos ofrecer el «todo gratis» a los asistentes. Sin querer compararnos con nadie, muy pocos festivales pueden presumir de eso.



Organización de La Mano Fest

Rubén: La verdad que nadie nos ha puesto ninguna traba y hemos podido hacer lo que queríamos dentro de nuestras posibilidades. Es muy difícil empezar con eventos de este tipo cuando no sabes a dónde ir y lo que quieres ofrecer, nosotros lo teníamos muy claro y por eso no nos ha sido complicado organizar todo. Esperamos contar con más apoyos en la nueva edición para poder ser un poco más «pretenciosos».

El día 15 de marzo presentasteis en el Centro de Arte de Alcobendas las jornadas dedicadas al escritor H. P. Lovecraft bajo el nombre de «El Día de Lovecraft» ¿Qué os motivó para organizar un evento como este?

Mané: Nos gusta mucho la obra de este autor y considerábamos que, aunque en España hay mucho fan de Lovecraft, no había ningún evento dedicado en exclusiva a su figura. Investigamos un poco en Internet y eso nos motivó todavía más para hacerlo, además no queríamos estar todo el año parados hasta las fechas del Festival de Cine de La Mano, queríamos tener dos actividades grandes en el año para que la gente no se olvidara de nosotros.



Galardones de La Mano Fest

Debo añadir que lo hemos hecho con todo el cariño y dedicación que se puede tener cuando algo te emociona y te gusta. Es algo único y nunca se había hecho algo así en España. Vino gente muy interesante a las conferencias, hubo talleres dedicados a la figura del escritor, exhibición de películas, etc. Y todo fue gratuito.

No sé si conoceréis a la asociación **Howard Phillips Lovecraft Historical Society**, la cual ha llevado a cabo películas como «El que Susurra en la Oscuridad» o «The Call of Cthulhu» en 2005, bastante original y fiel a la obra de H.P. Lovecraft, ¿habéis visto alguna de estas películas? ¿Qué opinión os merecen?

Mané: Sí. Las hemos visto todas y son un ejemplo a seguir. Personalmente me encanta su cortometraje «The Call of Cthulhu» es impresionante. Hacen lo que les da la gana y su única motivación es homenajear la obra de Lovecraft. Esperamos poder proyectar sus películas el año que viene.

Y siguiendo con la figura del escritor de Providence ¿Cuál es vuestro relato favorito de H.P. Lovecraft?

Mané: «El que susurra en la oscuridad» y «El extraño caso de Charles Dexter Ward», recuerdo haberlos leído en unas interminables vacaciones en Campello. Me moría de miedo.

Rubén: Me flipan, literalmente, «La sombra sobre Innsmouth» y «En las montañas de la locura».

Buenas elecciones, la verdad es que «En las montañas de la locura» también es uno de mis relatos favoritos pero, como bien sabréis, la sombra de Lovecraft se ha extendido en estos tiempos modernos a campos de lo más inverosímiles, como por ejemplo los juegos, por ello me gustaría preguntaros, ¿qué juegos de rol ambientados en el universo Lovecraft recomendaríais?

Mané: «La Llamada de Cthulhu», el clásico de Joc Internacional, le tenemos especial cariño, me encantaban las ediciones de sus libros y el sistema de juego era realmente sencillo. Muy fácil de jugar y por eso podías centrarte más en otros aspectos narrativos. ¡Recuerdo que el módulo de juego que más nos gustaba era «El Manicomio»!

¿Qué escritores del género terror y fantástico destacaríais como favoritos?

Mané: Hay un montón pero particularmente Clive Barker, Stephen King, Ray Bradbury, Frederic Brown, Kurt Vonnegut y por supuesto H.P. Lovecraft.

Rubén: Pues aparte de Lovecraft, obviamente, diría que Maupassant, Bécquer, Bradbury, Robert Howard, Mathew Gregory Lewis, King, Le Fanu, Pilar Pedraza, Borges... ¡Y mejor no sigo citando más autores! (risas)

¿Cuáles son vuestras películas favoritas dentro del género fantástico y terror?

Mané: Puff... Pues vamos allá. Para mí «El hombre en la Tierra», «El resplandor» «Regreso al futuro» y «Atrapado en el tiempo»

Rubén: Pues por ejemplo, las primeras que se me vienen a la cabeza serían: «La matanza de Texas», «Regreso al futuro», «El exorcista» y «Posesión infernal».

Las últimas líneas son vuestras. ¿Algo que añadir a nuestros lectores?

Mané: Sí, creo que el género del terror y la ciencia ficción necesita de los fans de la misma, si algo os gusta atreveos a hacerlo. A través de Internet establecer contacto con gente de gustos parecidos es muy sencillo, y ahora mismo se puede conseguir ver casi cualquier cosa. Si algo os gusta, difundidlo a muerte para que se conozca. Es una pena que relatos estupendos y películas fantásticas se queden olvidados.

Rubén: Por muy perverso o extraño que sea lo que pase por la mente, animo a cualquiera a que lo plasme en un relato, un cómic o una película. Me gusta que la gente se arriesgue aunque falle, pues es con buenas intenciones como se aprende y de varios errores acaba saliendo algo estupendo. Odio las obras cobardes que no me dicen nada.

Jessica Tornos Yebes



La VECINA

Un relato de terror de Géraldine de Janelle

Alberto entró en su portal. Como cada noche llegaba a la misma hora, introducía la llave en la cerradura oxidada y dejaba que la puerta se cerrase sola mientras miraba su buzón. También, como cada noche, tenía que empujarla con la mano para cerrarla del todo, ya que pocas cosas funcionaban como debían en aquel antiguo bloque de viviendas.

Cuando el mundo desaparecía a su espalda, subía cinco tramos de escaleras que nunca podía completar antes de que se apagase la luz. Llegaba entonces en completa oscuridad al último piso y sentía su presencia. Al principio le había asustado, pero con el paso del tiempo terminó por acostumbrarse a la presencia de la niña. Siempre la encontraba allí, en su rellano, quieta y en silencio, con la oreja puesta en la casa vacía contigua a la de Alberto, que lindaba pared con pared.

Estaba cansado de decirle que no hiciera eso, que no estaba bien, que volviera con sus padres, pero la niña del cuarto subía una y otra vez y permanecía allí, escuchando. Jamás le contestaba. Alberto, entonces, terminaba por entrar en su casa para seguir con su solitaria vida.

En la calma del hogar y con la tenue luz de la pequeña lámpara de mesa, intentaba centrarse en los informes que debía rellenar para el día siguiente; pero cada noche, inquieto al saber que la niña seguía fuera, iba una y otra vez hacia la puerta para escuchar si se había marchado ya. Al no sentir nada, la abría y se asomaba, y allí seguía. «Es una falta de respeto», pensaba, indignado.

Su vecina había fallecido hacía tres meses y el piso se había quedado vacío desde entonces. Siempre que pasaba junto a la puerta recordaba a aquella señora que tantas veces le había

invitado a merendar cuando era pequeño. A él no le gustaba ir, pero era amiga de su madre y siempre que ésta tenía que marcharse a trabajar le dejaba a su cuidado. Aquella casa siempre le había olido raro, a anciano, a algo desconocido para él. Sus muebles, vetustos y oscuros, le infundían temor. «Albertito hijo, siéntate, que ya te traigo algo que te gustará» le decía la señora desde la cocina. Y él aguardaba, escuchando el viejo reloj de pared y mirando las fotos gastadas de hombres, mujeres y niños, más gastados aún y que no conocía. Aquella casa le atemorizaba.

Cuando creció y pudo quedarse solo, la madre de Alberto ya no necesitó dejarle con la vecina, pero ésta le llamaba dando unos pequeños golpes en el muro que separaba ambas casas. Nunca contestó y jamás se asomó a la puerta.

No fue hasta pasados muchos años cuando dejó de oírlos. Alberto se había convertido en adulto y se había quedado solo. La vecina estaba muy enferma y apenas podía levantarse de la cama. Cuando murió, sintió pena.

Pensando en todo ello, terminó los informes y después bajó a tirar la basura. Cada noche, cuando salía a las escaleras, veía que la niña continuaba allí. Intentaba ignorarla, chasqueando la lengua y pensando en lo irresponsables que eran sus padres. Quizá debería avisarles. Lo pensaba, pero nunca lo hacía porque no le gustaba hablar con los vecinos. Por eso se alegró de que aquella noche no estuviera. Por fin la niña había cesado con su insolente actitud, o bien sus padres empezaban a comportarse como tales. Ya era hora.

Sin embargo, cuando salió del portal y cruzó la calle, un escalofrío recorrió su espalda. Sintió cómo la sangre se le enfriaba dentro de las venas. Una luz donde no debía haberla hizo que

se girase: la luz del piso de la vecina estaba encendida.

Intentó tranquilizarse. El piso llevaba vacío tres meses. Tal vez lo habían alquilado o vendido. Sin embargo, por mucho que trataba de darse a sí mismo argumentos razonables, un leve temblor en sus piernas le acompañaba a cada peldaño de regreso al quinto piso. Cuando llegó al cuarto, la luz, como de costumbre, se apagó, y ésta vez sí le infundió un profundo temor. Al llegar a su puerta evitó mirar a la de al lado y entró en su casa.

Estaba nervioso y no comprendía por qué. Alberto era un hombre muy cabal y se reprochaba no poder evitar que surgieran de nuevo los miedos que ocultaba su memoria. Se sentó en su sillón, cerró los ojos y se concentró en respirar, pero la inquietud iba en aumento. No supo por qué lo hizo, pero se levantó y se encaminó hacia la pared. Al igual que hacía la niña en la puerta puso su oído contra ella. Todo a su alrededor quedó en absoluto y oscuro silencio.

El corazón le golpeaba el pecho y latía en sus oídos. De repente creyó que se le paraba cuando, atravesando el sólido silencio, llegó hasta él la voz lejana e infantil de la niña del cuarto.

Apartó la oreja. El sudor helado perlaba su frente; se pasó la mano por el rostro y volvió a arrimarse a la pared. Ya no escuchó nada. La imaginación le jugaba malas pasadas, se repetía, pero justo cuando iba a apartarse sonaron los golpes en la pared que tantas veces le habían importunado.

Al igual que cuando era un niño, fue a su dormitorio y cerró la puerta. No quería que nadie le molestara, no quería oírlos, pero los golpes en la pared se repetían cada vez con más insistencia. Aquella llamada penetraba a través de su cabeza hasta lo más profundo de sus recuerdos, no podía escapar de ella, y si cerraba los ojos era mucho peor. Todo daba vueltas en una espiral lejana que estalló.

—¡Basta! —gritó aturdido.

Los golpes pararon y el silencio tensó lentamente la casa. Alberto miró a su alrededor, respiraba con agitación. Salió de su cuarto y caminó despacio hasta la puerta. La abrió y salió al rellano sin saber siquiera si quería huir o... mi-

rar hacia la puerta de la vecina. Lo hizo. Estaba entornada.

Atenazado por el miedo, su cabeza le gritaba que corriera, pero al acordarse de la niña se encaminó a la casa abandonada y empujó la puerta con mano temblorosa.

Ante él apareció de nuevo aquella casa en la que tantas veces había estado. Nada había cambiado, el olor a caduco, el reloj de pared marcando el paso del tiempo, los viejos muebles que le hacían temblar y, sobre el sofá, la figura de un niño esperando. En este caso no era él, sino una niña, la chica del cuarto. Estaba girada, observando las fotos descoloridas.

—Vámonos —dijo Alberto sin levantar la voz—, no es lugar para jugar.

La niña no contestó, seguía mirando los viejos retratos.

—Colarte aquí y dar golpes en las paredes no está bien. Vuelve a tu casa.

La niña volvió el rostro hacia él y le miró con una extraña sonrisa. Sus ojos eran insondables, cansados, y tenían un brillo envejecido.

—Albertito —dijo con una terrible voz de anciana—, siéntate, que ya te traigo algo que te gustará.

La puerta se cerró a su espalda y la luz se apagó cuando la niña comenzaba a andar hacia él.

FIN

El príncipe del tabardo escarlata



Una fábula de Magenta Sacra

«Permanecer sin un sentimiento alternativo a la más profunda tristeza no suele ser una opción que se escoja por voluntad. Las riendas de esta resolución están más allá de nuestro propósito aunque, al menos, debemos intentar no alejarnos del camino que nos dicta nuestro corazón, sea cual sea la pesadumbre o congoja que dejemos atrás.»

Así pensaba el príncipe mientras cabalgaba raudamente en su caballo, huyendo con su melena dorada al viento, maltrecha y ensuciada por restos de sangre que aún estaban impregnados en sus ropas, en su carne, en su mente.

«No cantarán canciones de esta gesta. Cuando nadie queda vivo, nadie recuerda.»

Así huía el príncipe.

Primero tomó la ruta del sur, pues el norte estaba infectado por extraños seres que se escondían en los agujeros de los árboles helados, inmisericordes con los extranjeros que se atrevían a acercarse a aquellas tierras congeladas, perennes en el tiempo del hielo. El príncipe conocía bien esos parajes, su madre provenía del norte y sabía muchos cuentos acerca de aquella zona, pero su alma ansiaba alejarse de su pasado, incluso el propio pasado que llevaba inherente en la sangre.

El camino del río se iba estrechando hacia la cascada y su caballo blanco corría veloz, saltando pequeñas ramas esparcidas por el suelo en mitad de un extenso bosque en el que aún resonaban los ecos de antiguas batallas pasadas en el viento, que como un susurro macilento alimentaba la desesperanza en nuestro príncipe.

«¿Dónde iré? ¿Qué será de mi futuro? ¿Podría estar más solo sin mi soledad?»

Incertidumbre. Locura.

Así huía el príncipe.

Ese era el único alimento del príncipe durante las largas jornadas de viaje a través de los caminos, a lo largo de días y noches en soledad.

Todos ahora eran huérfanos de alegría. El bosque, los pájaros y el príncipe. Pero había alguien que escapaba de la orfandad. Era el miedo. El miedo se alimentaba de todos y cada uno de los seres desdichados del bosque aquel otoño, el miedo cantaba la balada de la estación triste.

Una balada de tristeza sin letra se reflejaba en los ojos azules del príncipe. Hablando consigo mismo, la demencia se fijaba en su blanco rostro enmarcado por un cerco de cabellos dorados. El príncipe intentaba sonreír, con una mueca que más bien parecía abrir una herida en su rostro. Confianza difusa en la cabeza del príncipe donde mares de palabras traían a la orilla sus olas de desesperanza. Recuerdos de un pasado borroso pero doloroso, lleno de muerte.

Recostado sobre un gran árbol frente a un lago de espejo se encontraba el príncipe, descansando, cuando de pronto vio en el reflejo del agua aparecer tras él un hombre encapuchado vestido de escarlata.

—¿Quién eres y hacia dónde te diriges? —le preguntó el príncipe sin bajar la mirada del reflejo del lago y colocando la mano sobre la empuñadura de su espada.

El hombre, que escondía su rostro bajo una capucha, le respondió:

—Soy el Príncipe del miedo del tabardo escarlata, he llegado hasta aquí porque tú me has llamado.

Nuestro príncipe volvió a preguntarle a dónde se dirigía y qué hacía dentro del lago, a lo que el príncipe del miedo del tabardo escarlata le res-

pondió que viajaba con él desde siempre.

—He estado contigo desde tu infancia. Cuando jugabas con tu hermano mayor en el castillo, a medida que ibas creciendo. He estado contigo, en tu mente siempre. Cuando huías del castillo arrasado en la colina. He sido testigo de tu envidia y de tu miedo, de tu ira y de tu venganza. De allí vengo —insistía el encapuchado—. Mi misión era matar al señor del castillo.

De pronto el hombre bajó su capucha y los cabellos largos y dorados cayeron por su rostro en un fiel e idéntico reflejo de su interlocutor.

—¡Yo era el hijo del señor del castillo! —grito nuestro príncipe al agua del lago con un manotazo que hizo temblar el reflejo—. ¡Y han muerto todos!

El príncipe del miedo del tabardo escarlata volvió a hacerse nítido, se acercó y dijo:

—Bien, eso significa que he realizado mi cometido.

—No lo creo, si sólo pretendías matar al señor. Ahora yacen todos muertos.

En ese momento nuestro príncipe se alejó del lago y se miró las manos. La sangre seca se adhería a su piel como cuero oscuro y desgastado. Fijó la mirada en su espada, el filo del acero rojo incandescente manchado de la punta a la empuñadura le hizo recordar la tristeza, la muerte y el asesinato. El asesinato que él mismo había llevado a cabo, pero que apenas recordaba.

El príncipe balbuceó para sí mismo y mirando hacia el lago dijo:

—Mi padre no murió por tu mano. Murió por la mía. Yo le maté, pero... ¿cómo murieron los demás?

—Creyeron que te conocían pero no fue así. Murieron por tu ira, por tu locura. Murieron por tu mano. Murieron de miedo.

Así huyó el príncipe.

FIN

¿Quieres publicar TUS RELATOS en nuestra revista?

Si tienes escritos fantásticos, de terror o de ciencia ficción, y quieres publicarlos con nosotros, puedes enviarlos a nuestro correo. Estaremos encantados de hablar contigo.

revista@editorialvalinor.com

Imaginarium

Mer González, fotografía



Mer González nació en Canarias en 1985. Es una artista polifacética y autodidacta que a la tierna edad de nueve años comenzó a escribir y a sacar sus primeras fotografías con la vieja Kodak de su padre. Desde entonces ha compaginado la fotografía con la escritura, que se convirtieron en sus dos grandes pasiones.

La sensibilidad impregna toda la obra, ya sea literaria o fotográfica, de esta artista canaria. En ella encontramos siempre presente un ambiente mágico, de nostalgia por un misticismo perdido y que queda oculto en los juegos de luces de sus fotografías en blanco en negro. Bosques





invadidos por la niebla donde las figuras de los árboles parecen surgir como formadas de un sueño. Cuervos, mariposas y retratos delicados nos transportan a un mundo sepultado por la banalidad de la sociedad moderna y que los detalles en estas imágenes parecen devolvernos por un instante, sumergiéndonos en esa extraña melancolía por algo que no hemos vivido pero de alguna manera recordamos.

La figura humana cobra protagonismo en muchas de sus instantáneas, donde los rostros raramente se fijan en el espectador y cuya mirada parece vuelta a un mundo interior al que nos invitan con sutileza. El juego entre luz y oscuridad y las luces difusas junto con las texturas, hacen parecer estas fotografías de un tiempo pretérito, cuando las herramientas del fotógrafo eran su cámara, sus propias manos y un montón de químicos que daban forma a su creatividad. Mer González recupera el ambiente misterioso y tenebrista de los daguerrotipos del siglo





XIX y en sus instantáneas podemos ver la influencia de uno de sus grandes referentes, la fotógrafa estadounidense Francesca Woodman.

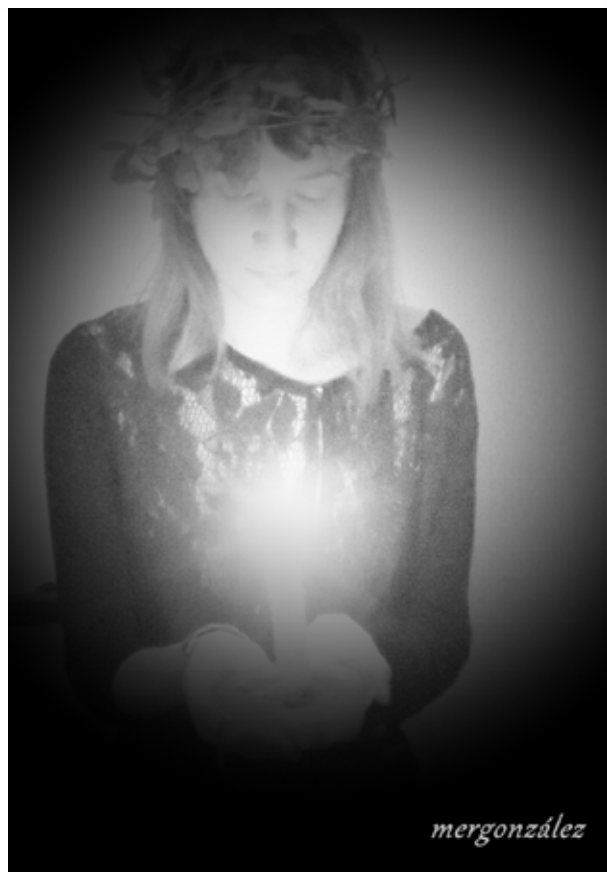
Sus trabajos han sido publicados en formato digital y físico por diversos medios nacionales e internacionales.

Si deseas conocer más sobre esta autora y asomarte a su interesante obra, puedes visitar su blog:

merfotografia.wordpress.com

También puedes adquirirlas en formato físico en [su tienda online de Nuzart](#).

Myriam Crespo



Una serie de terror y aventuras de Géraldine de Janelle

«Christall» es una serie mensual de relatos ambientados en la llegada y exploración del Nuevo Mundo. Un lugar desconocido y misterioso para la mentalidad de los personajes de esta narración, que nos transporta a épocas antiguas a través episodios históricos mezclados con oscura fantasía.

La sombra del puerto

I

*Mare Tenebrosum*¹, octubre de 1513.

La tormenta apenas dejaba ver al galeón español surcando el oleaje. Azotado por la lluvia, el viento y el propio mar, luchaba por no desaparecer en el abismo oceánico. Los embates furiosos del temporal hacían crujir cada una de sus maderas, tensaba las sogas y hacía encogerse los corazones de sus tripulantes, incluso de aquellos más aguerridos. Sin estrellas ni luna, la oscuridad era absoluta, y cuando la ira de la noche se iluminaba en terribles relámpagos, la mar mostraba sus fauces sin fondo, abiertas bajo los listones del casco. El navío, sin embargo, conseguía salir de las profundidades del averno para encararse de nuevo a los cielos y ser zarandeado una y otra vez por aquellas quebradas batientes de agua negra.

Don Álvaro de Leonor se encontraba en los compartimentos interiores del galeón, en la más completa oscuridad, aferrado a la cuerda que había atado alrededor de una tosca columna de madera negra y húmeda. Rezaba todo cuanto sabía rezar, y no era poco, pues era hombre de fe y escriba de la corona a las órdenes de monseñor Alonso Manso, primer obispo nombrado para el Nuevo Mundo. Los gritos y las órdenes de la tripulación se escuchaban lejanos y apagados. La violencia con la que la nave era sacudi-

da hacía rodar objetos y estantes completos. Las lámparas de aceite habían sido apagadas para evitar que el fuego pudiera alcanzar los libros.

«*Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris, libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti...*», repetía constantemente con los ojos cerrados para no ver lo que sucedía a su alrededor, como si así pudiera evitar también que llegaran a sus oídos las extrañas letanías que ascendían en oleadas, cuando el estruendo de la tormenta lo permitía, desde las bodegas del galeón, donde viajaban los esclavos. Pese a haber sido evangelizados en Castilla, aquellos hombres seguían adorando a antiguos y oscuros espíritus que, tenía por seguro, estaban atrayendo las tinieblas a aquel mar tenebroso y desconocido. Y con ellas, la ira de los cielos.

Un nuevo relámpago iluminó la estancia desde el ventanal de popa por unos segundos. El hombre abrió los ojos y deslizó su mirada entre los muebles del gran camarote. Las sombras se extendían, informes, entre el mobiliario, los libros y los arcones. Eran alargadas, parecían estar vivas. Se movían de tal forma que el miedo y, seguramente, la sugestión formaron con ellas algo terrible ante sus ojos que le hizo caer en la inconsciencia. Seguidamente el trueno hizo temblar suelo y techo, extendiendo su vibrante rugido por todas las ranuras del barco, hasta lo más profundo de sus bodegas.

¹ Por tal nombre era conocido el océano Atlántico en épocas antiguas

Se cernieron entonces sobre él las pesadillas más angustiosas e incomprensibles. Susurros en lenguas más antiguas que el hombre, imágenes de rostros olvidados que no podían ser considerados humanos. La tormenta del alma se desataba en las profundidades de su inconsciencia, mecida por las olas y las plegarias lejanas, y le arrastraba a los reinos de la angustia, la alucinación y el delirio, donde el tiempo es antiguo y de los cuales no hay garantía de regresar.

La completa oscuridad devoró el camarote, dejándole a la deriva en un mundo completamente negro y en caída demencial. Y no fue hasta que la tormenta amainó, la mar descansó, y las voces de tierra se alzaron, que Álvaro no volvió al mundo al que pertenecía. O iba a pertenecer a partir de aquel momento.

Seguía sujeto a la cuerda, sin apenas poder moverse. Tenía los músculos destrozados. Desde su posición podía ver que el cielo había recuperado su pálida luna. Los gritos de júbilo de los marinos en cubierta estallaban, rudos y victoriosos. «*Deo gratias*», suspiró. El corazón aún le latía con fuerza, estaba pálido.

* * *

Las antorchas del puerto de San Juan se reflejaban en la mar nocturna como estrellas rojas y doradas del lejano horizonte. Desde cubierta, don Álvaro de Leonor respiraba profundamente el aire templado que recorría el archipiélago. El navío se dirigía a la cristiana y nueva ciudadela de San Germán, en la cara opuesta de la isla, al oeste, pero San Juan era la puerta al Nuevo Mundo y el temporal había hecho necesario atracar aquella jornada antes de proseguir el viaje hasta la residencia de monseñor Alonso.

El nuevo obispo de la diócesis de Puerto Rico había llegado el año anterior al mismo puerto de San Juan, el día de navidad, entre el tañir de sacras campanas y celebraciones dignas de aquella importante ocasión. Cuán diferente era aquella escena idealizada de la oscura y silenciosa llegada de ellos, a quienes nadie esperaba por seguridad del cargamento. Y a quienes la furia del mar y los cielos había desgastado al límite.

Don Álvaro estaba agotado, necesitaba descansar en tierra firme. Por ello, cuando el barco se adentró en el puerto, fijó su vista en las

luces de los edificios añorando sus aposentos de Salamanca. Se unió rápidamente a la tripulación para descender al puerto por el puente de madera; lo último que quería era quedarse a bordo con la única compañía de los esclavos encerrados en la bodega. Era un hecho, sentía un temor irracional hacia aquellos desconocidos que habían surcado los mares en las entrañas del galeón, aun estando estos encadenados, aun sin haberles visto siquiera una sola vez.

Pese a la discreción de su llegada, un español en calidad de hombre del gobernador había sido informado y les aguardaba para llevarles al palacete de mando. Le acompañaban dos hombres, uno de ellos un indio taíno. Don Álvaro jamás había visto a ninguno de esos hombres salvajes de las islas, pero supo reconocerle por los dibujos que les describían en los informes. Pese a su primitiva apariencia sabía que eran aliados de los españoles, o eso esperaba.

La comitiva les guió entre las construcciones sencillas de aquella precaria ciudad. El asentamiento portuario parecía abandonado, las callejas que formaban las casas se veían sucias, despobladas y oscuras, y las escasas gentes con las que se cruzaron eran extrañas. No era, desde luego, una nueva ciudad española como él tenía en mente; o al menos no lo parecía a aquellas horas de la noche. Puerto Rico se mostraba a sus cansados ojos como un emplazamiento apenas poblado en medio de una frondosa selva negra que lo rodeaba, amenazante y profunda, respirando sonidos desconocidos e inquietantes. El escriba tenía la impresión de que aquel lugar se hallaba estancado en tiempos pretéritos.

De todas las calles que tuvo ocasión de ver, había una que llamó su atención. Semioculta entre dos viviendas abandonadas y cubiertas casi por completo de maleza, se adivinaba un lúgubre callejón que hubiera pasado desapercibido a sus ojos si estos no hubieran visto una pequeña figura moverse entre sus sombras.

—¿Qué hay en esa calle? —preguntó, y los españoles se encogieron de hombros. Notó, sin embargo, que el indio se ponía ciertamente nervioso y comenzaba a negar con la cabeza, diciendo algo en un idioma incomprensible.

—Nada bueno —tradujo como pudo el hombre del gobernador—. Dice que no debemos entrar ahí.

—¿Por qué razón? —volvió a preguntar con curiosidad.

—Imposible saberlo.

—Pero...

Don Álvaro volvió su rostro hacia el callejón, entornando los párpados para poder ver mejor esa figura que había creído atisbar antes, y al toparse con dos pequeños ojos que brillaban entre las sombras, frenó sus pasos. Durante los segundos en los que mantuvo su mirada fija en ellos empezó a sentirse mareado y somnoliento.

—Esperad... —dijo en apenas un susurro, girándose hacia sus compañeros.

Pero estos seguían andando sin escucharle. Pronto se dio cuenta de que algo no marchaba bien.

—Capitán —dijo acercándose al veterano marino— ¿Capitán?

El hombre parecía abstraído, impasible a todo aquello que le rodeaba. El escriba miró al resto de la tripulación: sus rostros reflejaban la misma expresión ausente, no emitían el menor sonido al caminar. Cogió entonces el brazo de uno de ellos para llamarle la atención, pero este comenzó a desaparecer en una neblina onírica que se extendió lentamente a su alrededor.

Asustado y presa de un creciente nerviosismo, vagó perdido entre los hombres, atravesándoles con sus manos mientras desaparecían ante sus ojos sin dejar rastro. La noche se oscureció y él quedó solo en aquella negra y empapada calle portuaria. Un inquietante y agudo aullido que parecía venir de muy lejos agitó los vientos y penetró en sus miedos. La brisa agitó sus cabellos sudorosos.

Trastornado por el temor, don Álvaro de Leonor se quedó inmóvil, como paralizado. Una terrible sensación de abandono le acometió. Entonces comenzó a rezar una vez más, con los ojos cerrados, esperando volver a despertarse en su camarote, lejos de aquella pesadilla que comenzaba a golpearle el pecho a fuerza de nerviosos latidos. Pero eso no sucedió. En cambio, llegó hasta él la inquietante e instintiva certeza de estar siendo observado.

Abrió los ojos, más por miedo que por valor, y allí la vio: una chica de corta edad, adolescente podría decirse, le observaba desde uno de los

callejones. Su aspecto era descuidado y enfermizo. Su rostro, pálido y ojeroso, destacaba bajo su pelo corto, húmedo y despeinado, negro como la noche, al igual que sus ropas de marinero. Tenía el hombro y parte de los brazos envueltos en vendas sucias y manchadas de sangre.

—¿Te... encuentras bien? —dijo el hombre. Pese a su aspecto, aquella muchacha no era más que una chiquilla.

La chica, al verse sorprendida, dio media vuelta para internarse en el callejón. El escriba miró entonces a su alrededor sin comprender absolutamente nada; y, por si fuera poco, la visión de tres figuras caminando deprisa hacia él le instó a apartarse del camino. Una vez estuvieron cerca pudo ver sus rostros; le parecieron tipos peligrosos y se sumergió aún más en la sombra de un edificio para ocultarse. Los tres truhanes fueron directos hacia el callejón por el que había ido la muchacha. Entonces temió lo peor.

Él no era un hombre de armas, y pese a su juventud tampoco estaba caracterizado por la valentía o la épica. Pero había sido educado en la nobleza de los valores castellanos y no podía permanecer impasible ante lo que fuera que se traían entre manos aquellos bandidos. Suspiró, sacó el cuchillo que llevaba en el cinturón y, temblando, se adentró en el callejón, quizá con la convicción de que seguía transitando un sueño.

Ante él se alargaba aquella callejuela negra, siniestra y silenciosa. Sus pies estaban congelados y le costaba caminar, pero pensar en lo que podría sucederle a aquella joven le obligaba a seguir adelante. Aceleró el paso, apretando la empuñadura del cuchillo y se introdujo en las entrañas de la noche.

No veía apenas nada. Aguzó el oído esperando escuchar pasos, quizá alguna voz de socorro, pero en su lugar llegó a él el tenue murmullo de algunas voces. Siguió adentrándose en las profundidades, sorteando bultos tirados en el suelo, hasta que sus pies pisaron un tenue haz de luz que escapaba bajo la puerta de un caserón que se levantaba a uno de los lados de la calle; si es que podía llamarse así al estrecho pasadizo que aún se perdía más allá, en la completa oscuridad.

Se tragó su temor junto con una bocanada de aire, empujó la puerta y se hizo el silencio en el interior de la taberna.

«Quizá el indio temiera este antro de piratas» fue lo primero que pensó al ver un buen número de rostros horribles que alzaban sus ojos suspicaces hacia él, inquietos por su presencia. El hedor que le sacudió al entrar le hizo saber que estaban borrachos y, seguramente, por su aspecto, armados. El sonido de una silla al moverse le puso en alerta, alguien se levantaba. Pero con intención de evitar malos entendidos y mostrar su buena voluntad, aun consciente del peligro, don Álvaro volvió a guardar su cuchillo en el cinturón y buscó al posadero con la mirada, sin moverse del sitio.

El antro era pequeño y estaba parcialmente iluminado por una chimenea. Los marineros estaban sentados entre las sombras de velas gastadas. Al fondo apenas podía intuir la figura del posadero tras la barra de madera.

—Busco algo fuerte de beber —improvisó y sintió el temblor en su propia voz.

Esperando la respuesta que no llegaba, supo que si se daba media vuelta estaba perdido. Por lo que comenzó a caminar entre aquellos tipos, despacio y aparentemente decidido, en busca de algún lugar apartado en el que sentarse. La tensión iba en aumento, las pupilas de los marinos no se apartaban de él. Era un forastero y aquellas gentes tenían ojos de depredador. Tuvo que empujar hacia el fondo de su corazón el pánico que sintió cuando, de reojo, notó que algunos de los hombres se habían puesto en pie. Pero entonces una voz de muchacha rompió el silencio, de forma discreta pero audible.

—Estoy aquí.

Volvió la vista hacia la mesa de un rincón y allí estaba ella, sola, la chica del callejón. Los tipos se miraron entre ellos y volvieron a sus oscuros quehaceres, atisbándoles de reojo de cuando en cuando.

Don Álvaro se sentó en la silla que había libre frente a ella y se topó una vez más con los ojos de la muchacha, redondos, brillantes y fijos en él. Estuvo a punto de dar un respingo cuando una mano apareció a su espalda para dejar en la mesa una sucia jarra de madera que contenía alguna suerte de licor turbio. Dio las gracias a la camarera, que parecía ser la dueña del local, y sólo obtuvo por respuesta una mirada de sospecha.

—¿Todo bien? —le preguntó la mujer a la chi-

quilla. Esta asintió. La mujer volvió a la oscuridad de la barra sin quitarles el ojo de encima.

—¿Quién eres? —preguntó don Álvaro a la chica.

—No lo sé —respondió.

—No pareces una india —dijo entonces, recordando los dibujos de sus libros e informes— ¿Eres española?

La chica se encogió de hombros.

—No me acuerdo —respondió.

El escriba miró sus vendajes. Ella seguía observándole con fijeza, sin parpadear.

Iba a preguntar si estaba herida, si había perdido la memoria a causa de algún golpe, si vagaba por los callejones porque se encontraba perdida en aquel puerto, pero de repente el sonido de la puerta le sobresaltó una vez más.

El silencio volvió a hacerse en el bar, y esta vez pudo sentir el temor en aquellos siniestros tipos que minutos antes le habían atemorizado a él. Tenían sus rostros vueltos hacia la figura de un hombre alto que había entrado en la taberna. El elegante chaquetón gris que vestía, abotonado y de cuello subido, le otorgaba el aspecto de un capitán, y como tal presentaba su porte. Tras él pasó un pequeño séquito de indígenas de apariencia amenazante. Eran cuatro en total e iban cubiertos burdamente con algunas pieles. Eran diferentes al indio taíno que estaba en el puerto, tenían los cráneos más alargados y la piel más oscura. Uno de ellos, además, adornaba su rostro y sus cabellos con multitud de pequeños huesos, plumas y colmillos de animal. Caminaron en silencio y se sentaron en una mesa que un grupo de hombres no dudó en dejar libre al verles llegar.

—¿Sois el... obispo? —dijo uno de ellos, visiblemente embriagado. Sus palabras provocaron una reacción violenta en el hombre de gris. Le cogió por la solapa, le levantó dos palmos del suelo, y la punta de un afilado cuchillo centelleó como un relámpago para posarse a su mejilla.

—Si vuelves a llamarme así... —le amenazó con una voz terrible— ... me llevaré tu horrenda cara.

El capitán tiró al truhán al suelo, dejó una cargada bolsa de monedas brillantes en la

mesa y clavó el cuchillo en la madera como advertencia.

—Dame de beber a mí y a mis hombres —exigió con voz fría y sosegada—, tengo negocios que tratar.

Don Álvaro no pudo por menos que extrañarse, si no era de por sí bastante extraña toda la situación. ¿El obispo? Aquel hombre no era monseñor Alonso, eso lo tenía claro el escriba. Y por su aspecto, no parecía más que un pirata. Los indios posaron unas voraces miradas en el desgraciado que yacía aún en el suelo, y este balbuceó algún tipo de disculpa. El nativo con aspecto de hechicero no atendía a la escena, recorría con su oscura mirada los rincones de la habitación como quien busca algo. Cuando posó sus ojos insondables en la mesa en la que se encontraban don Álvaro y la muchacha, frunció el ceño. El escriba palideció. Rogó mentalmente no haberle llamado la atención. Pero ya era tarde. El tipo se levantó de la mesa y comenzó a caminar hacia ellos, musitando palabras en un idioma terrible para sus oídos. Don Álvaro, echando la silla hacia atrás, se puso en pie, en alerta. Sacó el cuchillo de su cinturón y, tratando de disimular su propio miedo, quiso tranquilizar a la muchacha. Pero esta, para su sorpresa, estaba envuelta en sombras y su silueta se emborronaba. Estaba desapareciendo, igual que había desaparecido momentos antes, en la calle, la tripulación.

Giró aterrado el rostro hacia el indio, con la frente perlada de sudor frío. Este seguía pronunciando su terrible letanía.

«...ang ...odo'sha ...ang»

Todo se volvió negro y profundo en su cabeza. Como el sonido de lejanos tambores salvajes, como aquel rostro que vio en la oscuridad del galeón, como una noche sin estrellas ni luna, devorada por pesadillas remotas que él jamás había conocido.

El hechicero le señaló y le mostró sus dientes, completamente negros.

«...ang ...odo'sha ...ang»

La sangre se le heló cuando una pequeña mano fría se aferró a la suya y todo desapareció a su alrededor.

Durante un tiempo sin medida posible, incoherente, tan extenso como inmediato a la vez, atravesó la oscuridad plena y helada de un ho-

rizonte infinito y vacío. Buscó a su alrededor, pero sabía que no se encontraba en ninguna parte. Y aun así, seguía sintiendo los dedos fríos de la chica.

—Estoy aquí —escuchó que decía, y al mirarla vio que estaba con ella en el callejón, fuera de la taberna.

—¿Qué demonios... —comenzó a decir. Ella se llevó el dedo índice a los labios, pidiéndole silencio.

Y el silencio le rodeó, al igual que una niebla negra y mortecina. El callejón no parecía el mismo, su visión era confusa y... sí, juraría que una respiración se escuchaba desde sus profundidades. Una respiración que no era humana, ni de animal, que ni siquiera le parecía real.

—Debes marcharte —le susurró la chica. Él la miró, confundido.

Don Álvaro estaba aterrado, había sido demasiado para él y obedecer no le resultó difícil, pues su propio corazón le impulsaba a ello. Comenzó a deshacer el camino dando lentos pasos de espaldas, sin quitarle ojo a aquella extraña muchacha, que ahora se daba la vuelta y sacaba un cuchillo mellado de sus botas mojas y desgastadas.

El escriba presenció entonces la más profunda de las locuras. Frente a la chica, el callejón empezó a adquirir manifestaciones informes, más negras que la propia oscuridad, recortándose por encima de ésta de manera inexplicable. El viento helado trajo una risotada maníaca y, ante sus ojos, una lengua se lanzó desde las fauces del callejón como una lanza de humo negro y flameante, envolviendo a la muchacha. Ella, lejos de huir, corrió más hacia su interior. Entonces un torbellino de vacío y maldad combatió en aquel caos demoníaco. Veía el brillo de la pequeña hoja del cuchillo resplandeciendo entre las oscuras dentelladas de la enorme sombra, que escupía blasfemias en lenguajes desconocidos para el mundo. Intentó correr hacia allí en su ayuda, pero no pudo. Unas manos invisibles parecían aferrarse a sus pies. Quizá eran las manos del miedo, o las garras del lugar equivocado, o del delirio. Un espantoso aullido penetró en sus oídos y acabó con su conciencia. Cayó al suelo, que era el gran vacío.

El escriba, tembloroso despertó en el callejón. Había amanecido y la taberna estaba cerrada. No había nadie a su alrededor, no escuchaba sonido alguno, pero sabía de alguna forma que había despertado, y regresado. El olor del puerto llenaba sus pulmones doloridos, el calor del sol vibraba en sus manos. Se puso en pie con dificultad y dirigió su mirada hacia el fondo de la calle, sin encontrar nada más que la salida a la jungla. No había rastro de ninguna de las cosas

que había visto y que, pese a no querer recordar, le acompañarían por siempre en aquel nuevo mundo al que había sido arrojado, un mundo desconocido que había permanecido oculto al otro lado del velo de los mares. Ya no era un hombre común. Había cruzado el umbral de la mano de una muchacha y desde el otro lado solo a veces es posible regresar.

Continúa el próximo número.



Otto

Boebaert

¿Conocéis a Otto? Es un pequeño perro, ajeno al amanecer zombi, que descubre que su amo se encuentra «un poco raro».

Tendremos sus extrañas tiras cómicas con nosotros cada mes. ¡No os lo perdáis!





Violeta
Moreno
Triviño

Corrección profesional

Resultados **profesionales**



www.correccionprofesional.com

¿Quieres. **anunciarte** en nuestra revista?

Al ser una publicación gratuita, la Revista Valinor llega a muchos lectores y pasa por muchas manos. No lo dudes, si quieres que te vean, contacta con nosotros y pregúntanos.

revista@editorialvalinor.com





EDITORIAL VALINOR

www.editorialvalinor.com